

XIV CONCURSO LITERARIO "DÍA DEL LIBRO"
DEPARTAMENTO DE LENGUA CASTELLANA Y LITERATURA

GANADOR EN LA CATEGORÍA DE BACHILLERATO

VIVIR Y MORIR

‘Vivir y morir, en el fondo, es la misma cosa. Pienso que cuando hablamos de viajar a algún sitio, de visitar lugares nuevos que nos apetece descubrir, tomamos el trayecto, los asientos del avión y los del taxi como parte vital del viaje, como si fueran una parte misma del destino que sin embargo aún está lejos. Subimos por las escalerillas del avión, estrechas, agotadoras, vemos extenderse afablemente en la cara de la azafata una sonrisa larga, pisamos la moqueta flanqueada por los pilotitos luminosos y escuchamos la voz rajada por megafonía que nos indica cómo salvar la vida en caso de accidente, y en esos momentos ya sentimos el alborozo que sentiremos cuando estemos frente la torre Eiffel, el Taj Mahal o la muralla china, salvando las distancias.

El fin es parte del camino y el camino es parte del fin. Todo forma parte de lo mismo. Por eso vivir, en parte, es morir y morir es parte de haber vivido. Nacemos y ya nos estamos muriendo. Perdemos la vida porque algún día la tuvimos, la albergamos y la usamos, la desgastamos y la consumimos.’

En una mañana muy normal de enero, en la hora del desayuno, único momento en el que todos olvidábamos esa férrea disciplina paternal que nos obliga a sincronizar nuestros apetitos para comer y cenar juntos (la familia al completo), mi abuelo murió sentado en el sofá. Yo me levanté primero que los demás y sin apenas haber desperezado crucé la salita en dirección a la cocina. ‘Buenos días, abuelo’. Bostecé y creí que él hacía lo mismo, que separaba los labios tenuemente para susurrar algo que de haber sido susurrado hubiera pasado igualmente desapercibido, pero ya había dicho sus últimas palabras hacía un par de horas, según nos explicó más tarde el médico forense.

Preparé mi desayuno. Tardé en salir de la cocina porque se me cayó un poco de leche sobre la placa de mármol en que se asentaban el microondas y la freidora y quise limpiarlo antes de que mi madre lo descubriera; no medía sus fuerzas tan de mañana y una colleja suya podía llegar a doler durante horas.

Llevé luego el tazón y las galletas a la salita y me senté en el sofá, situado al ladito del butacón en que mi abuelo yacía. Sería el sueño, ese hormigueo que te recorre la cara y te la anestesia en los minutos que siguen al despertar, pero ni me fijé en que mi abuelo tenía en el semblante el gesto inconfundible de alguien que acaba de fallecer.

Encendí la tele y reí al poco rato con la serie de dibujos animados que a esas horas emitían: 'trompa, trompa', decía el protagonista. Me dí cuenta de que reí histérico una vez cuando por la comisuras de los labios derramé un chorro de leche que me ensució el pantalón del pijama. En el momento en el que me limpié reflexioné unos instantes acerca del hecho; pensé que mi abuelo lo habría visto todo y me resultaba extraño que no hubiera comentado nada al respecto, así que reparé por primera vez en su aún no discernido cadáver.

Recostada la cabeza de modo incómodo sobre el respaldo, medio párpado de un ojo levantado y los labios entreabiertos como después de haber boqueado, se encontraba él muy en calma y yo muy confuso. Lo empujé un poco y pregunté: '¿abuelo?'. Tuve la certeza de que estaba muerto justo un segundo antes de hacer esa pregunta, pero fue una pregunta reflejo, como la que se hace cuando llegas a casa y escuchas: '¿ya estás aquí?'.

Deslicé mis dedos por su cara intentando desdibujar un poco la expresión de dolor que tenía y cerré su párpado y su boca. Aún tenía la piel caliente y los labios rojos. Le gustaba mordérselos a menudo, por lo que los tenía siempre llenos de heridas. No esta vez, que estaban en bastante buen estado para tratarse de los labios de un anciano cadáver. Pasé varios minutos observándolo apenado, en silencio.

Mi padre entró por la puerta y en medio de un bostezo masculló un 'buenos días' que hubiera parecido un gemido vago e ininteligible de no haber conocido yo sus hábitos comunicativos y matutinos. Temí que me sorprendiera con el pijama sucio, al lado del cuerpo sin vida de mi abuelo, y que me regañara o que descargara sobre mí ese primer sentimiento siempre incierto que aflora en cualquier ánimo al conocer un suceso cómo éste, pero cruzó la salita como lo había hecho yo media hora antes, sin detenerse a observar nada de lo que estaba ocurriendo en aquel cuarto. Pasó de largo.

De repente sentí algo más que temor; sentí muchísimo miedo, puro terror, al pensar que yo debía decirle de inmediato a mi padre que el abuelo había muerto, al pensar que debía comunicarle la noticia que él no sabía y yo ya sí, pero no era capaz. Por otro lado, el hecho de haber pasado por la salita y no haberse percatado de la situación sería violentísimo para mi padre y no quería hacer que él se encontrara peor de lo necesario al conocer el suceso. Lo escuchaba silbar desafinado y somnoliento desde la cocina, a través del murmullo del televisor y las palabras de mi madre y el llanto de mi hermana pequeña que lloraba al otro lado del tabique, en su dormitorio. Yo me ponía más nervioso

con cada segundo que pasaba callando la muerte de mi abuelo. ¡Debía parar el mundo, llamarlos a todos y gritar a media voz (era muy pronto para armar escándalo) que el abuelo estaba muertísimo! Pero escuchando a mi padre silbar una canción en la cocina y a mi madre tratando de calmar a mi hermanita que ahora solo sollozaba, supe que no iba a poder, que no iba a ser capaz.

El miedo a que me culparan no de la muerte, sino de haberla mantenido en secreto durante al menos quince minutos, me paralizaba. ¡Yo no quería guardar aquel secreto! ¡No había elegido yo despertarme antes que los demás y encontrarme a mi abuelo así, descalabrado en el butacón! Preferiría mil veces estar en la situación de mi padre o de mi madre porque en su lugar oiría el secreto de mis labios, y al dejar de ser una verdad oculta ya no sería un secreto, ya no costaría nada guardarlo porque no habría nada que guardar ni que esconder. No sería yo quien tendría que hacer el esfuerzo. Sin embargo, esa realidad que yo ocultaba había venido a mí y me pesaba ahora tener que mantenerla en silencio. Los secretos nos quitan cierta libertad y nos arrinconan y desasosiegan; pesan más cuando quieres contarlos y no puedes que cuando puedes contarlos pero no quieres hacerlo. Son dos tipos de secretos diferentes, pero casi igual de angustiosos, cada uno a su manera.

Aquella mañana descubrí de verdad qué significa un secreto y cómo uno es obligado a guardarlos. Todo el mundo guarda secretos, pero algunos tan solo guardamos secretitos, muy pequeños, tan minúsculos que no los contamos casi por pudor o porque no resultan importantes. No obstante, es como una enfermedad que todos llevamos latente en el cuerpo y que al transmitir una verdad que hemos de ocultar, que ha de ocultar tanto el que la dice como el que la escucha, se contagia inexorablemente y se extiende sin que nadie pueda pararlo. No fue culpa de nadie esta vez pero yo tenía un secreto.

En un instante de quizá locura transitoria, de trastorno nervioso, cargué a mi abuelo pasando un brazo por debajo de sus piernas y otro por detrás de su espalda y me lo llevé a la habitación con la intención de esconderlo allí el tiempo que fuera necesario. Tropecé en el pasillo y el cuerpo de mi abuelo se me escurrió y terminó cayendo al suelo estrepitosamente. Sabía que mi madre habría oído el golpe y vendría preocupada a comprobar qué había ocurrido, así que no pude hacer otra cosa que asir su brazo por la muñeca y tirar de él. Arrastré a mi abuelo por el suelo hasta llegar al fondo del pasillo y, abierta la puerta del cuarto, su hombro quedó encajado en la jamba durante unos instantes. Hasta que descubrí cuál era la razón por la que se había quedado atorado debieron de pasar tan solo dos segundos, pero fueron los más angustiosos de todo lo que hasta ahora llevo vivido.

Por fin pude meter dentro su cuerpo y cerrar luego la puerta. Mi madre golpeó con los nudillos en la madera tan solo unos instantes después y me preguntó si había pasado algo. Le dije que me había resbalado y me estaba cambiando. ‘¿En la habitación de tu abuelo?’, preguntó extrañada. No supe qué contestar aunque ella, por suerte, no insistió más y sus pasos se alejaron tras unos segundos. Respiré algo aliviado pero no había tiempo que perder. Sin desnudar a mi abuelo (la imagen de su cuerpo sin vida siendo arrastrado por el suelo ya había sido bastante patética) lo metí en la cama y lo arropé con las sábanas. Le quité la dentadura postiza y la puse a remojo.

Me senté en su silla azorado, infinitamente hastiado por todo aquello que estaba ocurriendo una mañana normal de enero, una mañana como todas las demás, pero con la diferencia de que yo ahora tenía un secreto que con cada segundo que pasaba se volvía más y más amargo.

Los siguientes cinco minutos pasaron muy rápido. Mi madre entró intempestivamente en el cuarto. ‘¿Qué hace el abuelo durmiendo a estar horas? Tiene que llevar a Tania al colegio, despiértalo ahora mismo’, espetó enfadada, con prisa. Yo contesté que me había dicho que se encontraba mal y que necesitaba descansar, que me había dicho que luego se encontraría mejor y que luego se había quedado dormidito. Me ofrecí a llevar a Tania al colegio, que quedaba tres calles y una plaza más allá del instituto en el que yo estudiaba, y eso tranquilizó a mi madre, que con un gesto de aprobación dejó en paz el cadáver de mi abuelo y salió apresurada de la habitación con las llaves del coche en la mano y el bolso colgado del hombro. Respiré tranquilo y cerré la puerta que me separaba de mi familia, del resto de mi familia, porque aunque mi abuelo estuviera muerto era parte aún de mi familia. Aquel cuerpo inerte era mi familiar, era mi abuelo, aunque ahora ese vínculo no tenía ningún sentido.

Me vestí y dejé el pijama sucio en la cesta de la lavadora, y cuando se hubieron marchado mi padre y mi madre, cogí a Tania de la mano y bajamos juntos a la calle.

Bajé las escaleras aliviado porque mi madre se había ido a trabajar segura de que el abuelo estaba durmiendo. A la vez sentí indignación: ¿cómo era posible que mi madre no hubiera podido darse cuenta de que su propio padre estaba muerto en la cama! Además, todo este lío me había hecho mentir y ese es uno de los síntomas de la enfermedad del secreto. Cuando necesitas guardar un secreto importante, como era mi caso, solo puede uno hacerlo usando la mentira, falseando la realidad u omitiéndola, lo cual casi es peor. No sé por qué tenemos pensamientos que no podemos contar a nadie. A veces lo más sano es sacar todo eso fuera. Lo acababa de mostrar en la habitación. Me había podrido un poco al tener que mentir. ¡Y sobre qué asunto!

Después de dejar a Tania en el colegio, volví a casa. No estaba en condiciones de ir al instituto entonces, además temía que el cadáver de mi abuelo se perdiera o algo así. Sabía que era un temor irracional pero en aquel momento incluso tenía miedo de entrar a casa y ver a mi abuelo levantado, mirándome desde el fondo del pasillo con el ceño fruncido y los brazos cruzados, con un gesto pétreo de decepción.

Abrí la puerta con cuidado y titubeé en el umbral. Terminé por cruzarlo y caminé despacio hacia la habitación de mi abuelo. La puerta cerrada, todo silencio.

Entré y todavía lo ví allí, tumbado en la cama y medio oculto entre las sábanas, con una mueca desencajada que quizá no era tal pero yo veía así. Me senté a su lado.

‘Tengo algo que contarte’, decía mi abuelo días atrás, ‘algo muy interesante, quizá solo una historia de un pobre viejo pero creo que merece la pena escucharla’. Luego sonreía y me guiñaba el ojo. Yo prestaba mucha atención a todo lo que me decía y él era de palabra fácil, así que nos sentábamos en el sofá y él hablaba y yo disfrutaba.. Hacía unos cuantos días que aprovechaba todo momento en que estábamos solos para decirme que tenía algo interesantísimo que contarme, pero luego no sé si por despiste o por falta de tiempo no me llegó nunca a contar nada.

Yo lo quería muchísimo. Lo había querido mucho. No sé si se puede querer aún algo que ya no existe. Cuando algo deja de existir porque se va, porque se aleja de nuestra vida, es difícil seguir sintiendo eso que se llama cariño o amor por lo ausente. Es difícil porque tienen que ser recíprocos y si no lo son, terminan por desaparecer y volverse tan solo un recuerdo que con tiempo no causa siquiera nostalgia. Pasa con las personas que un día forman parte de ti. Otro día tu vida cambia, tú viajas, te mueves de sitio, mudas tus hábitos, y esas personas empiezan a quedar lejos con el tiempo. Queda un recuerdo pero ni rastro de la amistad, amor, o cualesquiera que fueran los vínculos que unían. Queda un recuerdo que quizá sea ese rastro pero también se debilita con el tiempo y llega a borrarse. Al final no queda nada.

Quizá me estuviera equivocando; no podría haber dicho en aquel momento que yo ya no quería a mi abuelo solo porque él estaba muerto y ya no existía. Pero era verdad, no podemos querer algo que no existe y algo que no existe no nos puede querer. Lo podemos echar de menos si alguna vez existió y podemos echarlo en falta si nunca existió y alguna parte de nosotros sospecha que nos es necesario tenerlo. Eso era lo que me ocurría, sin duda. Lo echaba de menos. Y cuánto.

Suspiré un momento. Inhalé profundamente todo al aire que cabía en mis pulmones y lo solté poco a poco masajeándome los párpados con el índice y el pulgar de la misma mano. Abrí los ojos y lloré. Unos segundos sólo. Observé el cuarto de mi abuelo.

Cambiarían el color de las paredes y cambiarían los muebles de sitio. Perdería su olor y sería sustituido por uno de pintura plástica y colchas nuevas y ropa. Con el tiempo aquel momento amargo que vivía yo ahora se desvanecería. Incluso su recuerdo y con él, mi secreto, y sin embargo no resultaba alentador. Ahora mi secreto me unía a lo que quedaba de mi abuelo. Alguien dijo una vez que guardar un secreto puede ser un favor que le hacemos al mundo. Sabía que, si yo hubiera contado el mio, mi madre y mi padre hubieran pasado una mañana triste. No habrían ido a trabajar, alguno de los dos hubiera llorado y hubiera quizá tenido un ataque de nervios (puedo aventurarme a imaginar muchas cosas); tal vez guardar mi secreto no había sido una acción tan mala. Les había obligado a ganar tiempo de felicidad con ello. Obligado...

Paré mi mirada en el escritorio de mi abuelo. Una pluma reposaba en un extremo y en el centro había un par de libros y dos o tres cartas abiertas. Debajo de todo eso (la curiosidad me llevó a remover en sus papeles) encontré una carta manuscrita por él mismo que iba dirigida a Eustaquio. Conocía a Eustaquio porque cuando era pequeño mi abuelo me llevaba paseando hasta la residencia donde vivía para pasar un rato de charla y juegos de cartas con él. Aquel ambiente era reconfortante. En las sucesivas visitas guiadas por mi abuelo terminé cogiendo un cariño especial a todos aquellos ancianos que pululaban por la residencia. Todavía los recuerdo con viveza.

Eustaquio finalmente tuvo que mudarse a otra casa de la tercera edad, más barata, en otra ciudad, hace años, pero aún se carteaban a menudo.

‘No entiendo qué te ha hecho cambiar tan rápido’, decía mi abuelo en la carta (me salté la parte preliminar), ‘siempre fuiste un tío fuerte, de espalda ancha, de mentón sólido y ánimo inquebrantable. He dicho que has cambiado rápido pero a nuestra edad ya no podemos decir que ningún cambio se da en nosotros de esa forma. Los años ya pesan y, bueno, aunque no queramos pensamos en que la muerte está cerca. Nos imaginamos que podemos morir en cualquier momento; mientras nos levantamos una mañana cualquiera, en la cama, mientras metemos nuestros pies en las pantuflas, mientras comemos o mientras damos cabezadas en el sillón’, sentí un escalofrío. ‘Sin embargo siempre nos hemos reído de eso. Tú decías que mientras no fuera orinando, te daría igual en qué momento morir. Te reías de ello y ahora ya no. He leído tu carta, no te lo puedo ocultar, con una decepción inmensa. ¿Por qué quieres adelantar algo que va a venir solo, que te va a pillar cuando menos lo esperes? Has perdido esa alegría y esa felicidad justo en la recta final, justo en el momento en que más presente se tiene que tener la posibilidad de ser feliz durante todo el tiempo que le queda a uno. Me hablas de cansancio, de monotonía, de dificultades para andar etc. Es duro. Pero no tengas prisa. Escúchame. Lee esto. Hazme caso. Vivir y morir, en el fondo, es la misma cosa. Es un viaje.

Pienso que cuando hablamos de viajar a algún sitio, de visitar lugares nuevos que nos apetece descubrir, tomamos el trayecto, los asientos del avión y los del taxi como parte vital del viaje, como si fueran una parte misma del destino que sin embargo aún está lejos...' seguí leyendo más abajo. 'Nacemos y ya nos estamos muriendo. Perdemos la vida porque algún día la tuvimos, la albergamos y la usamos, la desgastamos y la consumimos. La mejor manera de suicidarse es nacer. Ya estás muriendo. No tengas prisa, por favor. Trata de disfrutar de esas cosas que solo los viejos disfrutamos. El olor a hierba que me describes por la mañana, el postre de la comida, los paseos por el parque, y esta carta que lees ahora, porque hay que puntualizar algo, y es que no puedo mandar cartas a un muerto.'

Era extensa. Seguramente a mi abuelo le emocionó creer que podía salvar una vida con su carta, la de Eustaquio, hacerle feliz o darle los instrumentos para que volviera a serlo. Seguro que lo creyó y por eso escribió una carta tan larga, tan pesada, al final casi patética. Quizá para Eustaquio no hubiera sido patética pero tampoco importaba; ya no iba a poder leerla, ni mi abuelo podría echarla al buzón. Me vino a la mente la imagen de Eustaquio sentado en el borde de su cama, esperando una carta que no iba a llegar, entristeciéndose porque su amigo lejano quizá le había olvidado ya. Alguien le comunicaría a lo largo del día que mi abuelo había muerto y no quería imaginar qué haría Eustaquio a continuación. No sé si le habría ayudado leer la carta. Lo he pensado mucho todo este tiempo, incluso después de saber que Eustaquio también murió de improviso, de modo similar al de mi abuelo. Al final, no le había dado tiempo ni a intentar quitarse la vida. Se le había ido ella sola, tal y como le llegó, tal y como había previsto mi abuelo.

¿Tendría secretos Eustaquio? Claro que sí. ¡Vaya pregunta! Todos tenemos secretos. Hay un tipo muy curioso de secretos: los que paradójicamente son sabidos por todos los que nos rodean. Hay cosas que todas las personas ocultan y que a su vez son conocidas por el resto. Cosas, picardías, que sabemos que son universales y todos mantenemos en secreto como si fuera un pacto de silencio. A temprana edad se oculta que uno se mea en la cama, que se come los mocos. A otras edades se oculta decir que uno es virgen o que su madre aún le sigue dando besos y abrazos. En otras, que hemos sido en algún momento la peor persona que podíamos conocer, que todavía nos comportamos a veces como críos y que aún nos enfadamos y nos irritamos por estupideces. Ocultamos que no somos tan cultos, que nuestra vida alegre es fingida, que le hemos hecho daño a alguien en innumerables ocasiones, que hemos sido infieles, que somos en el fondo unos zorros, que tenemos un precio. Tantas cosas horribles ocultamos que, definitivamente, llega a ser necesario ocultarlas para que todo siga su buen curso.

No todos los secretos son así de feos. Yo sé que tengo secretos bellos. Secretos con mi familia, de esos que todos los que formamos parte de ella guardamos y a la vez conocemos de los demás. Nunca le he dicho 'te quiero' a mi hermana. Es un secreto hermoso que me ruboriza. Nunca le he dicho a mi madre que aquella vez que se empeñó en hacer tallarines no se le quemaron porque yo los aparté del fuego cuando ella no miraba. Nunca le dije a mi abuelo que temía perderlo. No se lo dije en su momento y ahora me arrepiento bastante. ¿Me podrá escuchar ahora si se lo digo al oído? Lo echo de menos. No podría contar jamás que oculté su muerte. Él también tenía algo que contarme, algo interesantísimo que quería contarme, y no pudo. Se ha convertido en un secreto eterno que nunca llegaré a conocer. Eso nos une. Pobre abuelo. Pobre.

Me senté frente a la tele abatido y pasaron las horas muy rápido. Se abrió la puerta a media tarde. Llegaban mi hermana y mi madre de la mano, con un ruido de bolsas de plástico y ganas de pisar de nuevo la casa. Pasaron por la salita y mi madre me preguntó si el abuelo se había levantado ya. Cruzó el cuarto muy rápido sin esperar a que la contestara, con el chaquetón puesto y el bolso colgando del hombro y las llaves dando vueltas en su mano izquierda. Mi hermana dejó la mochila en una esquina y se acercó sonriendo, enseñándome la mitad de los dientes que aún no se había llevado el ratoncito Pérez. Me dio un beso. Mi madre soltó un grito desde la habitación de mi abuelo, y el siguiente silencio, incómodo, chirriante, asustó mucho a mi hermana, que gimoteando caminó hacia la boca del pasillo, a la que llegó mi madre luego turbadísima. Mi hermana, apoyando un dedito en el labio y apunto de empezar a llorar gimoteó, '¿Qué pasa?'. 'Nada hija, no pasa nada', mintió mi madre. Luego la abrazó.

Alberto Lahoz, 2n bat B